

## CAPITULO XXI.

Reciben refuerzos los ejércitos de uno y otro bando.—Batalla de Almansa.—Sus consecuencias.

Los ejércitos de una y otra parcialidad pasaron el invierno de 1706 á 1707 en escaramuzas sin importancia, en esas guerras de vecindad, en que unos y otros se entregan al incendio, al saqueo y á la satisfacción de venganzas personales.

Los aliados recibieron un considerable refuerzo por Alicante, que aún seguía en su poder, y que les enviaba el Emperador y la reina de Inglaterra, á pesar de los apuros en que uno y otra se veían, particularmente la reina Ana, con motivo de la agitación que en sus estados había introducido Luis XIV mañosamente, favoreciendo la causa del pretendiente Jacobo III.

El de Felipe recibió los que le enviaba su abuelo á las órdenes del duque de Orleans, que había sido destinado á España con el mando superior del ejército, despues de la desgraciadísima campaña del Piamonte.

Milord Galloway y el de las Minas movieron sus ejércitos en dirección de Yecla y Villena, en tanto que el de Berwick se situó en Almansa.

Esperábase, pues, de un momento á otro algun acontecimiento de importancia.

Los aliados querían dar la batalla ántes de que las tropas francesas, mandadas por el de Orleans, que ya había entrado por Navarra, llegaran á juntarse con el de Berwick. Este deseaba dar tiempo á que los socorros enviados de Francia estuviesen en disposición de tomar parte en la acción.

Corría la voz entre los oficiales españoles de que el duque de Berwick estaba en tratos con los ingleses, pues era hermano de la reina Ana, y que trataba de que se perdiera todo. Aunque el de Berwick no ignoraba lo que de él se decía, tuvo la prudencia de aparentar que nada sabía.

El 18 de abril de 1707 llegó á Madrid el duque de Orleans, siendo recibido con los honores de infante de España y tratamiento de alteza, y el 21, día de Jueves Santo, partió á la ligera para ponerse al frente del ejército, porque en la corte se creía que, en efecto, el de Berwick rehúsa dar la batalla. El 24 levantaron el sitio que tenían puesto al castillo de Villena Galloway y el de las Minas, y se dirigieron rápidamente á Caudete, suponiendo que el de Orleans no podría llegar á Almansa hasta el 26.

El 25 vió el de Berwick al ejército enemigo puesto en órden de batalla avanzando hacia Almansa.

Próximo al medio día se trabó la batalla, comenzando por un vigoroso ataque de la caballería española, que intentó desalojar al enemigo de un ribazo que se había apoderado. A poco el combate era general.

Roto el centro y muertos los tres brigadieres de los regimientos que lo formaban, los aliados llegaron hasta las mismas puertas de Almansa.

Recobrados y reanimados los de Berwick con la caballería é infantería que del cuerpo de reserva se apresuró á poner en línea de batalla, se remedió el primer desórden. Dasfeldt sostenía en tanto el ala derecha. D. José de Amezaga, con sus regimientos, rompió y puso en desórden á los enemigos, cuyos dos generales, heridos al cerrar la noche, tuvieron que retirarse del campo, abandonando la batalla y dejando consumada su derrota.

El conde de Dohnas, holandés, á favor de la oscuridad de la noche logró retirarse con trece batallones hacia Caudete; pero al día siguiente le obligó á rendirse con toda su tropa el intrépido Dasfeldt.

Minuciosos detalles se han conservado de esta famosa batalla. El ejército de Felipe tenía colocada la infantería en el centro y la caballería á los costados.

Esta infantería en su mayor parte eran soldados bisoños y muy inferiores en calidad y número á los del enemigo. Este tenía interpolada la caballería con la infantería.

La derecha de nuestra primera línea la mandaban el duque de Pópoli con el conde de Pinto y Sully; la izquierda el marqués de Davray, y el centro los generales San Gil y Lobadie.

La segunda línea la mandaban Dasfeldt, el duque de Havre y el mariscal Mahoni.

El duque de Berwick quiso quedar libre para atender adonde las necesidades le llamasen.

El ejército de los enemigos tenía por general de la caballería al conde de Villaverde: la izquierda Galloway, el centro el marqués de las Minas.

En su segunda línea tenía por jefes á D. Juan de Atayde, al conde de la Atalaya, Frison y Vasconcellos.

El campo de batalla estaba entre el Oriente y Poniente de Almansa, y en este mismo sitio D. Jaime el Conquistador derrotó á los moros en la primavera de 1255.

La victoria alcanzada por el de Berwick fué completa. Doce mil prisioneros, cinco tenientes generales, siete brigadieres, multitud de coroneles y oficiales, toda la artillería y cien estandartes. Más de cinco mil muertos hubo por parte de los aliados, mientras que de los de Berwick apenas se perdieron dos mil hombres.

Aun subsiste el monumento que, para perpetuar la memoria de aquel suceso, se erigió en el sitio del combate.

Consiste este monumento en una pirámide de piedra de cuarenta y ocho palmos de altura, coronada por un leon con una espada en la garra derecha. Por sus cuatro caras se leen largas inscripciones en castellano y latin, que no copiamos por no dar más extensión á este capítulo, y porque ademas carecen de mérito, como observa muy oportunamente Lafuente.

La poblacion de la cual tomó su nombre la batalla, precisamente se había distinguido por su afecto á Felipe V, pues á pesar de lo mucho que hubo de sufrir durante aquella larga guerra, supo mantenerse fiel siempre á lo jurado.

Se fortificó á sus expensas, y á pesar de los gastos que esto le ocasionaba, organizó un cuerpo de trescientos hombres, cuya misión era la de hostilizar á las tropas del Archiduque, y ademas de esto armó á todos los hombres hábiles de la poblacion para defenderla en caso de un ataque.

Un escritor español, ocupándose del hecho de armas que acabamos de mencionar, dice así:

«En abril del año 1707 encontráronse en sus llanos los ejércitos de ambas casas, francesa y austriaca.

«Mandaba el primero el mariscal duque de Berwick, y el segundo el marqués de las Minas.

«Reconocido el campo por ambos generales, y puestas sus fuerzas en órden de batalla, dióse la señal del combate el día 25 á las tres de la tarde.

«El campo quedó cubierto de cadáveres del partido del Archiduque, siendo éste vencido con pérdida de más de trece mil hombres, seis mil de ellos muertos y los demas prisioneros, entre los que se contaban cinco tenientes generales y brigadieres.

«El marqués de las Minas se hirió al despenarse huyendo.

«El vencedor recogió ciento doce banderas, todo el bagaje y artillería; mas tambien sufrió en sus filas las bajas de cinco mil hombres, tres mil muertos, los demas heridos, entre los que había algunos franceses, siendo en su mayor parte españoles.

«En esta acción se distinguieron particularmente el caballero Asfeld, D. Miguel Pous, el conde de Pinto, el duque de Pópoli y otros.

«D. Felipe V mandó erigir un obelisco en el sitio de esta victoria, con un leon en el pedestal y varias inscripciones, para eternizar tan memorable día y sitio, y Almansa, de la que tomó el nombre la batalla, por los interesantes servicios que prestó, obtuvo el título de *fidelsima*, sobre los de *muy noble* y *muy leal* que gozaba.»

Las consecuencias que se siguieron á este hecho fueron incalculables.

El duque de Orleans, que no llegó á tiempo de participar del honor de tan gloriosa jornada, felicitó á Berwick, y de acuerdo con éste dispuso que las tropas que venían de Francia se encaminasen hacia Zaragoza, adonde pensaba ir él en breve, y que el caballero Dasfeldt se dirigiese al otro lado del Júcar á someter á Valencia.

El de Orleans y el de Berwick marcharon con el resto del ejército á Requena, que se les rindió con toda su guarnicion, y dos días despues, Buñol, desde donde el de Orleans mandó á Valencia un trompeta pidiéndole la sumision.

El conde de Corzana, virey que era por el Archiduque, había celebrado en Valencia, con iluminacion y *Te-Deum*, la batalla de Almansa, haciendo creer á los valencianos que había sido favorable á los aliados.

Tales ardides tenían que emplear á veces los aliados para mantener algun tanto el espíritu del país, que ya comenzaba á flaquear.

Porque la situación en que aquellos pueblos estaban era verdaderamente terrible.

Sobre ellos, en primer término, pesaban todas las consecuencias de la guerra, y las fatigas, los desmanes de los soldados, la barbarie y atropellos de los vencedores, todo lo sufrían ellos, puesto que en su territorio era donde estaba sosteniéndose el foco de la rebelion.

Así era que el abatimiento comenzaba á sustituir al anterior entusiasmo, y se hacía preciso mantenerle á costa, bien del terror, cuando la tibieza comenzaba á manifestarse, bien por medio de mentidas victorias ó de ficticios triunfos.

Vijándose amenazado tan de cerca el virey por el de Orleans, abandonó la poblacion, y huyendo con alguna caballería, pasó á Tortosa.

La ciudad de Valencia se tumultuó, y hubo quien propuso se ahorcase al trompeta enviado por aquél, cuyo regreso, viendo que se retrasaba, decidió al de Orleans á entrar á sangre y fuego, lo que hubiera realizado si el obispo y otros muchos no salieran á ofrecerle las llaves de la ciudad, pidiéndole perdon en nombre de los habitantes.

Entró el de Orleans en Valencia el 8 de mayo de 1707, con diez batallones de infantería y seis escuadrones, y se restableció la autoridad real, quedando de gobernador el general D. Antonio del Valle.



EL MARISCAL DE BERWICK.

## CAPITULO XXII.

Rendición de Lérida.—El mariscal de Berwick.—Orleans en Madrid.—Abolición de los fueros de Valencia y Aragón.

SITIADA por este tiempo la ciudad de Tolon, de Francia, tuvo el de Berwick que marchar allá por la Provenza con un ejército de doce mil hombres, quedando el de Orleans con su cuartel general en Balaguer.

Las cortes de Madrid y de Versalles se oponían á la empresa que el de Orleans proyectaba de embestir á la plaza de Lérida, que guarnecía Enrique Darmstadt por los aliados, y el cual se hallaba resuelto, al parecer, á hacer una defensa tan heroica como la que dos años ántes había hecho D. Alvaro Faria de Melo, gobernador entónces de aquella plaza y que, abandonado por sus soldados, supo sostenerse encerrado él solo con su mujer y un criado en la ciudadela por espacio de ocho días, haciendo creer al enemigo que disponía de una guarnición numerosa.

Viendo Enrique Darmstadt que el de Orleans había abierto brecha en la plaza, se retiró el 13 de octubre á la ciudadela, rogando al de Orleans que tratara con consideración á las mujeres y á los niños que quedaban en la ciudad. El Duque se los envió á la ciudadela para que los guardase él.

Después de haber hecho levantar el sitio de Tolon, regresó el duque de Berwick á marchas forzadas, y llegó á tiempo para tomar parte en el de Lérida.

Grande era la importancia de esta plaza y muy urgente el apoderarse de ella por el efecto que necesariamente había de producir.

Hasta entónces todas las complicaciones, todos los sucesos de que hemos venido dando cuenta, habían impedido ocuparse en el asedio de aquella plaza, ganada merced al abandono en que quedara.

Aun en aquellos momentos que la suerte para las armas de Felipe habíase mostrado más favorable, ya hemos dicho que los gabinetes de Versalles y de Madrid se oponían á aquella empresa, sin que podamos comprender la razón de ello.

Sabido es el efecto que en una comarca produce la expugnación de una plaza importante, y lógico era que cuando la toma de Lérida por Darmstadt había llevado consigo el dominio de otros puntos del mismo territorio, la rendición de parte de Felipe V debía producir un efecto análogo.

Pero el caso fué que se estableció el sitio sin el beneplácito de aquellas cortes, y á pesar de eso, se activó en tales términos que se hallaba sumamente adelantado.

El 11 de noviembre, el mismo día en que se recibió orden de Versalles para que no se emprendiera el ataque, se dió un asalto vigoroso, que fué rechazado por los sitiados; mas éstos pidieron capitulación, después que, otorgada con todos los honores militares, les dejó salir de la ciudadela á los tres días.

La rendición de Lérida llevó consigo la sumisión de la mayor parte de las poblaciones del llano de Urgel; Cervera, Tárrega, Morella, que domina las montañas de Valencia y Aragón, fueron sucesivamente entregándose al ejército de Felipe V.

Tan continuados triunfos fueron debidos indudablemente á la batalla de Almansa y al insigne militar que la dirigió, príncipe de Berwick. En recompensa de sus servicios fué hecho grande de España con los títulos de duque de Liria y de Jérica, y condecorado además con el Toison de Oro.

Efectivamente, ántes debió tener en cuenta el gabinete de Madrid, lo mismo que Luis XIV, el efecto que había producido la batalla de Almansa, para poder imprimir mayor vigor á las operaciones.

Momentos semejantes son los que deben saberse aprovechar siempre.

Desastres como los de Almansa dejan siempre huellas profundísimas, y era preciso no darse un momento de reposo, no dejar que el enemigo se rehiciera, á fin de ganar todo cuanto en circunstancias adversas habíamos perdido.

Pero las rivalidades, que tan perjudiciales nos habían sido en otras ocasiones, amenazaban también serlo ahora, á no haber dado la casualidad de estar ya tan adelantadas las operaciones y de tropezarse con un carácter enérgico, que supo llevarlas á cabo tan felizmente.

Terminadas las operaciones que se acaban de referir, el duque de Orleans se dirigió en posta á Madrid, donde se le recibió con grandes agasajos, aposentándosele en el palacio, llamado de la reina madre, porque en él vivió la de Carlos II.

El 25 de agosto, día de san Luis, había nacido el primogénito de nuestros reyes, por lo que se le puso el nombre de Luis Fernando, teniendo la honra de ser padrino de bautismo, á nombre de Luis XIV, el duque de Orleans. Celebráronse con extraordinarios regocijos las fiestas que solemnizaron aquel alumbramiento y bautismo, distribuyéndose con tal motivo gran número de gracias y mercedes.

Concluidas las fiestas, regresó el de Orleans á Francia; mientras el de Berwick, de orden del Rey, pasó á Zaragoza para continuar al frente del ejército, interin volvía aquél.

En el reino de Valencia solamente quedaban á favor de los rebeldes tres puntos de importancia, que eran: Alicante, Denia y

Alcoy; púsose cerco á la primera, dejándola así bloqueada por tierra.

Embistióse á Denia, cuya adhesión á la causa del austríaco rivalizaba con la de Játiva. Defendióla un caballero murciano que se llamaba D. Diego Rejon.

Conducidos por él los paisanos, rechazaron el asalto, en vista de lo cual, los sitiadores se retiraron, dejando para mejor ocasión volver sobre ella.

El dicho D. Diego Rejon era un hombre que por su comportamiento, su prudencia, valor, instrucción y caballería se hizo respetar, no sólo de sus partidarios, sino también de sus mismos enemigos.

Dasfeldt quedó encargado del mando de todo el reino de Valencia.

Al situarse éste en la capital halló que sus habitantes eran en general hostiles al gobierno de Felipe V. Habíanse publicado por Orleans y Berwick varios bandos para que entregaran las armas, y no sólo no se habían cumplimentado, sino que se hacía gala de enseñarlas debajo de las capas.

Dispuso Dasfeldt el reconocimiento de algunas casas sospechosas; de sus resultados mandó ahorcar á un hijo del impresor Cabrera, en cuya casa se encontraron armas.

Publicó otro bando imponiendo pena de la vida á los que en el término de veinticuatro horas no entregaran las armas ó no delatasen á los que supieran que las tenían.

Amedrentó esto de tal manera, que en un día y una noche, entre las que ellos presentaban y las que las patrullas recogieron, se hallaron más de treinta y seis mil.

Sujetos Aragón y Valencia, se pensó en abolir sus fueros y franquicias.

Tan grave asunto se encomendó á D. Melchor de Macanaz, que ya hemos citado repetidas veces y que era reputado de gran jurista, mandándole se pusiera de acuerdo con el gobernador del Consejo de Castilla, D. Francisco Ronquillo, y con el embajador de Francia, Amelot.

Estos dos personajes tenían á su cargo todo el gobierno de la monarquía.

No podemos resistir al deseo de transcribir aquí el retrato que hace Macanaz, en sus Memorias, tanto de Ronquillo como de y Amelot:

«Amelot era prudente, docto, muy experimentado, advertido y trabajador; Ronquillo poco advertido, nada estudioso, corto de ingenio, fácil en ser engañado, difícil en desengañarse, tenaz en el concepto que hacía ó en el que le ponían los que estaban á su lado, pero muy celoso de la justicia, amante del Rey y enemigo de los traidores; y áun su poca política hizo al Rey tantos enemigos, que en las Memorias de Galloway, impresas por los ingleses, no excusaron decir: que más gente había aumentado Ronquillo al partido del Archiduque, que las armas de los aliados habían sujetado en toda la guerra, etc.»

Oído el parecer de aquellos personajes, y estudiada la legislación de Valencia por Macanaz, se acordó abolir los fueros de Valencia y Aragón.

Acordóse también que en lo sucesivo se rigieran por las leyes de Castilla, estableciendo en la capital de ambos reinos una chancillería igual á las de Valladolid y Granada.

El decreto en que se derogaban los antiguos fueros de Valencia y Aragón lleva la fecha de 27 de julio de 1707, y no lo copiamos aquí por su mucha extensión; concretándose en sustancia á declarar que, siendo uno de los principales atributos de la soberanía la imposición y derogación de las leyes, á que se añade ahora la del justo derecho de conquista, que habían hecho sus armas, juzgaba conveniente abolir y derogar los referidos fueros, etc., etc.

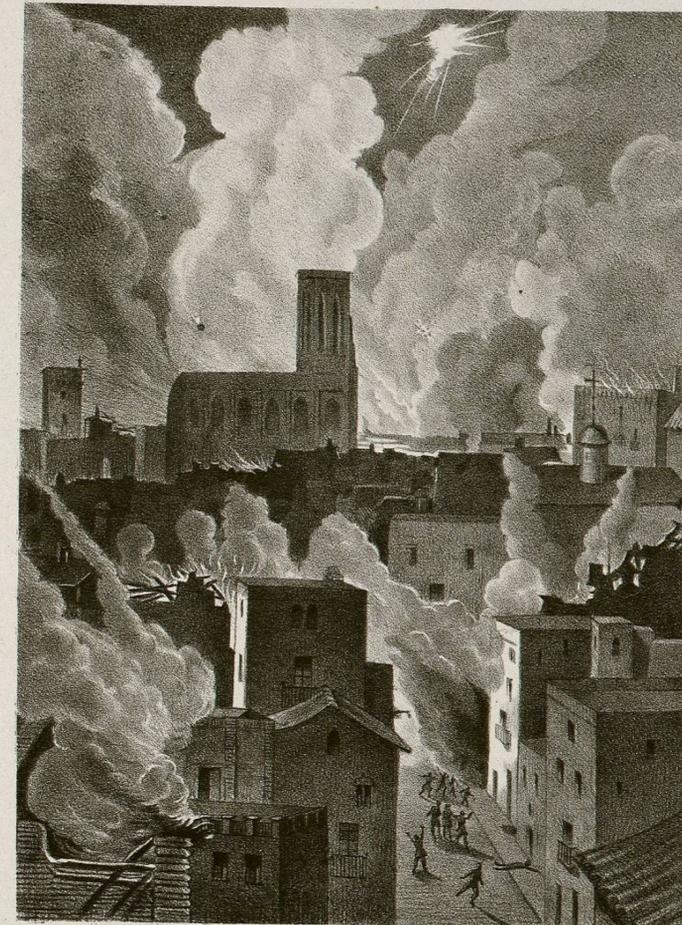
Natural era que los fueros y los privilegios de reinos que tan encarnizadamente estaban haciendo la guerra al Monarca legítimo desapareciesen.

Y téngase en cuenta que estos reinos ó estas provincias, únicas que por una gracia especial habían seguido conservándolos al verificarse la unidad española, eran las que con menos derechos podían quejarse, puesto que, como ya tenemos manifestado, don Felipe al celebrar Córtes, en ellas había jurado respetarlos, y les había concedido cuanto pidieron.

Y por cierto que no anduvieron parcos en pedir, según ya se ha visto.

No negaremos nosotros que aquellos fueros y aquellos privilegios eran galardones dados por monarcas anteriores á servicios prestados por ellos; mas como que á D. Felipe, en vez de servirle, habíanle hecho y estaban haciendo formidable oposición, era imprescindible que, al ser vencidos, no tuviesen otro remedio que sufrir las duras consecuencias de su falta.

Para debilitar el efecto que esta medida produciría en pueblos tan acostumbrados á gobernarse por leyes propias, el 23 de julio siguiente expidió el Monarca otro decreto ofreciendo confirmar sus privilegios y franquicias á los pueblos ó familias de cuya fidelidad estaba informado.



DESTRUCCION DE JÁTIVA.